

El ultimo

David Gutierrez

Image not found.

Capítulo 1

Preludio

No era común encontrar a un hombre allí y menos aún encontrarlo despierto. No faltaba demasiado para que los relucientes rayos del albor recubriesen el valle, sin embargo, aún soplaba una agradable brisa nocturna que erizaba la piel y balanceaba suavemente las hojas. El joven, reposaba a los pies de un viejo abedul, protegido por las toscas y gastadas ropas típicas de un viajero, dejaba que las crecidas plantas y hierbas de ese lugar le rozaran los brazos y el torso. Dirigiendo la mirada hacia el horizonte observaba como la cristalina torre de los puros aun dormía. La enorme construcción estaba adosada en la cordillera de enfrente, cubierta por la tenue luz de la luna que convertía el símbolo de su familia en una inmensa imagen casi espectral. Durante los pequeños intervalos en los que la débil brisa cesaba, se podía escuchar a lo lejos el fluir de las cristalinas aguas del río Mir que cruzaba todo el valle, y desembocaba casi instantáneamente en el gran océano.

La temprana luz empezó a cubrir el joven rostro que se resguardaba en la vieja capucha. Jerk flexiono el torso impulsándose hacia arriba y derecho observo una última vez el paisaje. El yegua rebufo. Ya había olvidado que tenía compañía, el animal lo trajo hasta allí con vagos esfuerzos. Siempre lo hacía. El muchacho se dirigió hacia el árbol al que la había atado, pisando algunas flores, muchas de ellas orquídeas dormidas aún bajo la tenue luz del amanecer.

—¿Cómo vamos amiga? —dijo Jerk mientras desataba las correas del árbol. El relincho fue breve. El joven coloco bien la silla de montar asegurándose que estaba fija y dando un pequeño salto monto en su yegua. Cogiendo las riendas del caballo lo condujo al estrecho camino por el que habían llegado y la hostigo, haciendo que el animal galopase cuesta abajo.

Descendiendo por ese olvidado camino y levantando tierra y polvo las viejas ropas ondulaban bruscamente mientras Jerk observaba como los arboles pasaban a toda velocidad. Cuando llego al final, la polvorosa tierra de la colina era asediada por un suelo blanquecino hecho de piedra tallada, Jerk desmonto del caballo, delante de él se encontraba el milenarrio puente de marfil, que conectaba la pequeña colina con la gran torre familiar.

El muchacho empezó a andar a un paso despreocupado, tiro de las correas de su yegua haciendo que esta caminase a su lado. A la izquierda del puente, podía verse el gran océano y como el cristalino rio se mezclaba en sus aguas, sin embargo Jerk no se estaba fijando en ese hermoso paisaje sino que le preocupaban más las discretas miradas de los

guardias situados al final del puente, custodiando las inmensas puertas. Al llegar a ellos ya no se esforzaban por disimular su desconcierto.

—Alto ahí joven. No permitimos que los pordioseros entren en este sitio. ¡Lárgate! — dijo uno de los guardias situándose justo delante del chico. El hombre portaba una reluciente armadura plateada y su rostro estaba cubierto por un yelmo con una gran visera, plateada también.

— Acaso no sabéis quien soy Jericord? —dijo el muchacho retirándose la vieja capucha. Al verlo el guardia se dio cuenta de su error, una suave y brillante melena blanca se deslizaba por el joven rostro del muchacho mientras esbozaba una picara sonrisa.

—P..Perdóneme príncipe Jerik, no lo había reconocido con esas ropas señor— balbuceo el guardia perplejo. Pase por favor. Nosotros nos ocuparemos de llevar a la yegua con los demás caballos. Jerk le tendio cuidadosamente las correas al hombre.

Los demás guardais que protegían la puerta observaban discretamente, aun adormecidos. Jerik ladeo al guardia y se dirigió a la robusta puerta de la inmensa construcción y apoyando sus claras manos en la madera volteo la cabeza. —No os preocupéis, poca gente creería que soy un príncipe a estas alturas—.

Al entrar en el palacio lo primero que vio Jerk , fueron los bellos frescos que decoraban toda la parte superior de la sala del trono, las grandes columnas de mármol se alzaban hacia la representación de la gran guerra y los doce sabios del pueblo de la diosa, cada una de las figuras estaba decorada al detalle , sin duda un espectáculo de belleza que dejaba asombrado a cualquiera. Sin embargo, Jerk los tenía demasiado aburridos y después de contemplarlos rápidamente se dirigió a las anchas escaleras situadas a la derecha de la gran sala. Subía sigilosamente rezando para que los miembros de su familia aun durmiesen.

La torre de los puros no hacia justicia a su nombre, no se trataba de una torre sino de un palacio, estrecho, pero un palacio. Además, no todos los que estaban allí eran exactamente puros. El edificio no era un puesto de mando, y menos aún de la capital de algún sitio, la torre era simplemente un lugar de paso o de retiro. Nada más.

Pertenecía a la familia real desde hacía más de setenta años y durante ese tiempo había sido reformada y restaurada a gusto de los reyes utilizando a toda la brigada de especialistas que se encontraban con ellos. Estaba formada por cuatro plantas, la primera planta o la planta principal estaba dedicada al trono del rey y se usaba para recibir visitas de otras familias influyentes o para dar un discurso, la segunda planta estaba dedicada a las lujosas habitaciones donde dormían los miembros de la familia real y algunos de sus criados, la tercera estaba constituida por la gran

biblioteca, y finalmente en el cuarto piso se encontraba la sala de reuniones donde el rey solía encerrarse a charlar de cosas importantes. El techo del cuarto piso no era como los demás, no estaba recubierto por bellos frescos ni cruentas batallas, sino que lo protegía un gran espejo que dejaba ver el gran cielo y dotaba a la habitación de una atmosfera apacible.

Jerk se escabullo por los pasillos de la primera planta para llegar a su habitación, pero a mitad de camino recapacito, si realmente todos dormían no convenía que ahora los despertase caminando tan cerca suyo. No lo iban a colgar, claro que no, ni siquiera le darían un bofetón pero si que tendría que oír a su madre decir lo que ya sabia y para Jerk , eso era peor que mil demonios. Nadie que lo conociese creería que casualmente se había despertado antes que todos, cuando siempre ocurría, al contrario. Por lo tanto, su madre deduciría rápidamente que había pasado la noche en el bosque, como muchas otras veces.

Para evitarse las represalias decidió seguir subiendo escaleras y encerrarse en la circular biblioteca, en ese lugar si podía sentirse libre y hacer lo que quisiese, que la mayoría de las veces eso significaba leer.